

MAGIA ROJA

No me gusta nada que quieran imponerme todo, hasta los colores. ¿Por qué tengo que usar magia blanca o negra, por que no puedo usar magia roja o magia azul? El color rojo es mi preferido, será porque soy carnicero y todo el día veo sangre. El color rojo es también el color del amor, díganlo si no las rosas rojas, los claveles rojos, los labios rojos y todo lo demás que se pone de ese color. De niño siempre me ponía colorado por cualquier cosa, por el puro hecho de que me dirigieran la palabra o alguien tratara de hacerme una caricia. Mi piedra preferida es el rubí, tengo varios en fistoles. Y no por ser carnicero crean que no puedo comprarlos, que a la mejor me los robé. No, señores, no me robé nada. Los he ganado cortando filetes, costillas, piernas de cerdo, moliendo carne, embarrándome de grasa, haciendo chicharrón. Bueno, no sólo yo, también mis empleados pues tengo que decirles, modestia aparte, que soy dueño de cinco carnicerías. ¿Qué es lo que más me gusta de la naturaleza? Además de las flores rojas me fascinan las puestas de sol donde todo se pone colorado: las nubes, el mar, la nieve de los volcanes. Qué espectáculo, como decían en mi escuela primaria ya que no querían ser groseros. Los maestros eran maristas. Nomás imagínense sus normas. Para ellos todos nos deberíamos bañar vestidos para no ver el cuerpo pecaminoso que tenemos. Creo que ya hable mucho de mi color preferido, ahora volvamos a la magia. La magia blanca como que es para niños, la negra para gente mala, en cambio la roja es para gente como yo o como ustedes. Con esta magia se pueden deshacer de su suegra si es que todavía la tienen, pagar al banco lo que deben, viajar a Venecia cada vez que estén románticos, quitarse un año o dos de edad, más no se puede; también con la magia roja pueden pasarse un alto frente a un

patrulla de tránsito sin que suceda nada, comer en el mejor restaurante del país sin que nadie les lleve la cuenta, lograr que tu esposa este puntual algún día, que los hijos pequeños se duerman a las siete de la tarde y no despierten sino hasta las nueve de la mañana, que los programas que veas en televisión sean interesantes, creativos y no tengan anuncios, que el presidente de la República no diga tantas pendejadas, que los gringos quiten el muro de la ignominia que están construyendo y que es mil veces más grande que el que estaba en Berlín y que ellos tanto criticaron. Con esta magia podrán tener al ser amado a sus pies, sacar excelente en los exámenes en la universidad, curarse de cualquier enfermedad, llegar sano a viejo, tener facilidad de palabra, ganar un buen sueldo trabajando solo seis horas al día y de lunes a viernes, nada de que trabajar los sábados y menos los domingos. En fin, con la magia colorada pueden obtener todo lo que quieran. ¿No me lo creen? Pues háganla y verán que si es efectiva. ¿Qué paso, les funcionó o no? Cómo que no la han hecho. Sí, sí, tienen ustedes razón. No les he dicho cómo hacerla. Ay, si seré tonto. Es que como yo la hago todos los días pues para mí es muy sencillo. ¿Tienen un papel y un lápiz? ¿No? Bueno, papel y pluma. ¿Tampoco? Esto de tratar con gente moderna. Está bien. Prendan su computadora y escriban. Para hacer magia roja deben tener a la mano una pluma de avestruz, dos lombrices cafés, una avellana bajada del árbol por ustedes mismos, no puede ser comprada; treinta gramos de municiones, de las de metal, no de la sopa de pasta; un plato de sushi y una botella de vino. ¿Listos? Tomen la pluma, llévenla a la ventana de su casa y esperen a que el viento se la lleve. Muy bien. Ahora tomen las lombrices, con el dedo índice acaricien suavemente su dorso, después deposítenlas en la tierra de su jardín o del parque más cercano a su casa: la avellana se la tienen que dar a una ardilla que tenga hambre, a ninguna otra. Con las municiones lo que tienen que hacer es contarlas y ver cuanto cuesta una sola de ellas, después multiplicar esta cantidad por ciento

ocho, dividirla entre tres punto cinco, agregarle la décima parte de mil millones setecientos ochenta y seis y el resultado guardarlo en la bolsa derecha de su pantalón. No les va a servir de nada pero pueden demostrar al mundo que sí saben matemáticas. Ahora pasamos al sushi y a la botella de vino. Las dos cosas pónganlas en la mesa del comedor, traigan platos, cucharas o palillos chinos, tenedores, cuchillos y una copa. Sírvanse abundantemente tanto de la comida como del vino. Ahora coman y beban tratando de disfrutarla al máximo. ¿Ya? Bueno, todos estos son los preparativos. Lo demás no se los puedo decir pues sino el gran brujo me va a castigar por andar diciendo los secretos que él me confió. Así que ni modo, sólo yo podré seguir usando esta magia. Yo y nadie más. La pregunta que ustedes me tienen que hacer, si es que son inteligentes, es que qué acto de magia voy a hacer. Eso si se los puedo contestar en este momento pero primero les tengo que explicar el gran cambio que he hecho en mi vida. Desde hace un mes dejé la carnicería, no el negocio, ese sigue. Deje yo de ser carnicero, para que me entiendan. Si, ya no corto carne ni preparo embutidos. Ya todo eso pasó. Ahora me dedico a las artes, para ser mas preciso, me dedico a escribir, a escribir cuentos. ¿De dónde me salió esto? Vayan ustedes a saber, de repente amanecí con deseos de escribir. Así que entre a un taller de cuentos, no de los infantiles en los que todos piensan cuando se nombra la palabra cuento. No señores, hay cuentos para adultos y hasta cuentos porno. También hay muchas gentes que viven del cuento como alguna que yo conozco y que está sentada aquí y cuyo nombre no voy a decir. Pero acá está. Bueno, en el dichoso taller me pidieron escribir otro cuento y la verdad que a mi me cuesta uno y la mitad del otro hacerlo. Así que recurrí a la magia roja y ya está. Empecé, y es lo único que les puedo decir, con el conjuro: Rojoredrougerote, rojoredrougerote, blanco como elote, rojo como camote, rojoredrougerote, rojoredrougerote, que

pueda escribir el cuento. Ahora pueden ustedes leerlo. Empiecen con la primera palabra que es no y terminen con la palabra fin.

F i n

Tomás Urtusástegui

Atlanta dic 2005